

LA ELITE SOCIAL ARGENTINA: VISIÓN EN PERSPECTIVA SOBRE SUS ORÍGENES Y FORMACIÓN, 1770-1910

Leandro Losada (IEHS-IGEHCS/ CONICET)

Introducción

El propósito central de este trabajo es identificar y presentar las tendencias generales por las cuales se constituyó una elite social en la Argentina, es decir, un grupo social cuyos integrantes compartieron, además de una posición preeminente, una identidad de pertenencia. Este proceso no fue rápido ni sencillo: dicha elite se conformó recién en la década de 1880, momento que, a su vez, abrió el período de su mayor esplendor, extendido hasta mediados de la década de 1910.

Por lo tanto, la indagación de las causas y de los ritmos de la constitución de la elite requiere extender la mirada más atrás de la década de 1880. En consecuencia, en las páginas que siguen se repasarán la evolución y las características de las elites económicas y políticas desde el período virreinal y a lo largo del siglo XIX, así como sus relaciones recíprocas, con tres objetivos: identificar los orígenes y perfiles de las familias que integraron el elenco de la elite social; conocer los rasgos de contexto que complicaron o facilitaron la integración entre ellas; reflexionar sobre las relaciones entre prestigio, poder y riqueza a lo largo de la historia argentina del siglo XIX.

La exposición se desplegará a través de tres cortes temporales: el período del Virreinato del Río de la Plata (1776-1810); el período comprendido entre la ruptura del vínculo colonial y la integración política y económica de la Argentina (1810-1880); y los años que enmarcaron una estructural transformación de la sociedad (1880-1910), en los que, como se adelantó líneas arriba, ocurrió la constitución de la elite así como su mayor apogeo. El

artículo cierra con una visión en perspectiva, en la que se pretende señalar la singularidad del caso argentino en el contexto latinoamericano. Dos últimas precisiones: el relato se concentrará fundamentalmente en Buenos Aires, dado que fue el escenario (aunque no el único lugar de origen de sus miembros, como se verá) de la elite social nacional; la exposición se sostiene en los aportes realizados por la historiografía argentina sobre elites así como en balances de investigaciones propias.

El período virreinal (1776-1810)

La ciudad de Buenos Aires adquirió importancia en el imperio colonial español con la creación del Virreinato del Río de la Plata (1776) y el Reglamento de Libre Comercio (1778). Por el primero se convirtió en capital de un flamante virreinato (edificado a expensas del de Perú), en el marco de las políticas borbónicas que apuntaron a reforzar el control sobre los territorios americanos. Por el segundo, la ciudad adquirió el status de puerto autorizado para traficar con la metrópoli (reforma que apuntó, más que a alentar el comercio, a poner bajo control de la monarquía el que se venía realizando ilegalmente desde inicios del siglo XVII)¹.

Este contexto incidió en la composición y perfiles de las elites. Por un lado, apareció una elite burocrática más numerosa que la existente hasta entonces. En sintonía con las reformas borbónicas, esta elite no se reclutó entre la población local, sino que fue de extracción peninsular o de otras regiones hispanoamericanas. De acuerdo a lo analizado por Susan Socolow, la situación pecuniaria de esta elite administrativa no fue muy holgada, debido a retenciones salariales y complicaciones en el pago, motivadas por la debilidad fiscal de la corona. Por ello los funcionarios procuraron entablar contactos con la elite económica local. Éstos, sin embargo, no necesariamente llegaron al parentesco, debido a las disposiciones que prohibieron el casamiento entre funcionarios y miembros de las elites locales, pero también a cuestiones de prestigio, aun cuando en Buenos Aires el comercio tuvo mejor reputación que en otras regiones de Hispanoamérica. Así, los vínculos entre el personal administrativo y la elite económica se forjaron en espacios de sociabilidad (como las terceras órdenes) o se plasmaron en parentescos rituales, como los padrinzagos de bodas o de nacimiento. Esta elite burocrática desapareció con la Revolución de Mayo de 1810, aunque los segmentos medios o inferiores tuvieron oportunidades de reciclarse y de prestar servicios a los gobiernos surgidos de la Revolución (a la cual muchos de ellos adhirieron a raíz de la fragilidad salarial y las limitadas posibilidades de promoción en los últimos años del virreinato)².

El Virreinato y el Libre Comercio, a su vez, dieron lugar a una elite económica de perfil mercantil, los comerciantes de “la ruta de Cádiz”, aquellos que poseían las licencias que

1 Zacarías Moutoukias, *Contrabando y control colonial en el siglo XVII*, CEAL, Buenos Aires, 1988.

2 Susan Socolow, *The Bureaucrats of Buenos Aires. 1769-1810: Amor al Real Servicio*, Duke University Press, Durham & London, 1987.

los habilitaban para traficar con la metrópoli. Estos comerciantes fueron peninsulares, en general del norte de España (vascos y navarros). Algunos de sus protagonistas cimentaron familias que integraron las elites argentinas del siglo XIX: Anchorena, Álzaga, Casares. Sus orígenes sociales, así como su posición durante el pasaje del siglo XVIII al XIX, fueron bastante humildes: comenzaron como dependientes en las casas monopolistas, ascendiendo gracias al talento y la suerte, pero también a una inserción social en la que jugó un papel clave el enlace con las hijas de los comerciantes consolidados. Esto se vio favorecido por la dificultad de dar continuidad generacional a los negocios, debido a las disposiciones igualitarias de herencia, y a la inclinación de los hijos varones a no seguir las actividades mercantiles³.

Valen, entonces, cinco observaciones. El contexto en el que se desplegaron estas tendencias fue el de una sociedad cuya composición y densidad demográfica hizo que las distinciones típicas del sistema de castas colonial no tuvieran la rigidez o la consistencia de otras latitudes del imperio español⁴. En segundo lugar, y también a diferencia de buena parte del resto de la Hispanoamérica colonial (sobre todo de la andina), la elite económica rioplatense no fue terrateniente sino mercantil⁵. En tercer lugar, y en relación con los puntos anteriores, el nuevo status comercial y administrativo de Buenos Aires no le otorgó a las elites que se beneficiaron de él una riqueza o un prestigio comparable a las de las grandes capitales virreinales, México y Perú. Dentro del Virreinato del Río de la Plata, las fortunas porteñas fueron las más acaudaladas, aunque algunas franjas propietarias de otras regiones, como Salta, tuvieron patrimonios comparables (con un patrón de inversiones diferente: las colocaciones en tierras fueron importantes, a raíz del tráfico de mulas al Alto Perú)⁶. En cuarto lugar, en la región litoral y bonaerense el virreinato dejó mayores legados en la dimensión institucional (aun en su precariedad) que en la económica y productiva. Estas herencias desiguales incidieron en los ritmos de aparición y de maduración de las elites políticas y económicas posrevolucionarias, como se verá más abajo. En quinto lugar, finalmente, la preeminencia económica y administrativa de Buenos Aires no diluyó la fragmentación o dispersión regional de las elites; sus marcos de referencia y de actuación (el ejemplo salteño vuelve a ser válido) no tuvieron su único o principal eje en la capital virreinal. La diversidad regional fue visible incluso en los perfiles y orígenes de las elites: en Buenos Aires hubo mayor renovación y movilidad que en el Interior, en donde no fue inusual que familias descendientes de encomenderos de los siglos XVI y

3 Susan Socolow, *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: Familia y comercio*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1991. La actividad comercial en Buenos Aires se fue distendiendo a lo largo del Virreinato, tanto por medidas más permisivas de la Corona, como por las propias actividades de los comerciantes (de aquellos que estaban excluidos de las licencias reales, pero también de los monopolistas). Ver Jorge Gelman, *De mercachifle a gran comerciante: los caminos del ascenso en el Río de la Plata colonial*, Colección Encuentros Iberoamericanos, La Rabida, Universidad Internacional de Andalucía, 1996.

4 Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972, pp. 52-75.

5 Sobre la importancia de las inversiones en tierras, Carlos Mayo, *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820*, Biblos, Buenos Aires, 1995; Raúl Fradkin, "¿Estancieros, hacendados o terratenientes? La formación de la clase terrateniente porteña y el uso de las categorías históricas y analíticas (Buenos Aires, 1750-1850)" en *Marta Bonaudo y Alfredo Pucciarelli La problemática agraria. Nuevas aproximaciones, T. 1*, CEAL, Buenos Aires, 1993, pp. 17-58.

6 Sara Mata de López (comp.), *Persistencias y cambios: Salta y el Noroeste argentino. 1770-1840*, Prohistoria, Rosario, 1999.

XVII integraran las elites de fines del XVIII⁷. Con todo, y más allá de sus diferencias, las familias de elite tardocoloniales fueron el universo del que procedió buena parte de las elites políticas y económicas rioplatenses de, al menos, la primera mitad del siglo XIX. El contexto revolucionario y posrevolucionario fue el punto de partida de ese proceso.

De la Revolución a la integración nacional (1810-1880)

Durante este período se recortan dos grandes procesos. Por un lado, la aparición de elites políticas propiamente dichas a partir de la Revolución. Esas elites estuvieron signadas por una conflictividad notoria, que espejó la de la vida política. Más aun, los vaivenes políticos, y no recomposiciones sociales, fueron los principales responsables de los cambios de elites: distintos elencos criollos se sucedieron en el poder. En la segunda mitad del siglo este panorama trocó hacia otro escenario: el de la constitución de una elite política propiamente nacional. El segundo proceso fue la reconfiguración de la elite económica bonaerense, del comercio a la tierra, pues a través de ella se fue constituyendo el grupo propietario más decisivo de la economía rioplatense. En suma, tanto en la política como en la economía, al final del período se delinearon grupos de gravitación nacional más que regional (poco sorpresivamente, en sintonía con la integración política y económica del país, de la que fueron tanto motores como manifestaciones). A los efectos de la exposición, estos procesos se reconstruyen a través de dos cortes temporales: el que va de la revolución a la culminación de la primera experiencia duradera de orden político (1810-1852); los años que enmarcaron la constitución política e institucional de la Nación (1852-1880).

De la Revolución al Rosismo (1810-1852)

A partir de 1810, el poder político cambió sus cimientos: ya no se ejerció en nombre del Rey, sino de la Revolución, basada a su vez en las ideas de igualdad y libertad, en cuyo desarrollo, además, fue clave la participación de los sectores populares. Por ello se ha planteado que por entonces surgió una vida propiamente política en el Río de la Plata⁸.

Estas circunstancias explican dos aspectos importantes. Por un lado, la composición de los elencos políticos luego de 1810. Hubo un importante recambio de protagonistas pero sobre un universo común: familias provenientes del orden colonial. El cambio consistió en que esos nuevos protagonistas provinieron de familias de estratos secundarios de la sociedad colonial: las milicias, las actividades comerciales desarrolladas al margen del monopolio (Cornelio Saavedra, presidente de la Primera Junta, estaba vinculado al comercio

7 Ibidem; Ana Inés Punta, *Córdoba borbónica. Persistencias coloniales en tiempo de reformas (1750-1800)*, Universidad Nacional de Córdoba, 1997.

8 Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra*.

de mulas y era comandante del regimiento de Patricios); cargos de segunda línea de la estructura burocrática colonial (Mariano Moreno); personajes formados en las profesiones liberales provenientes de familias empobrecidas (Manuel Belgrano). Estos personajes fueron hombres nuevos porque lograron una promoción social a través de la Revolución y porque los principios sobre los que montaron esa promoción fueron diferentes a los imperantes en la colonia. Con todo, hubo ascensos sociales todavía más notables, porque sus beneficiarios sí fueron más literalmente hombres nuevos en el Río de la Plata. El caso quizá más notorio es el de José de San Martín, quien había nacido en la periferia del Virreinato y volvió al Río de la Plata en 1812 luego de su formación y actuación militar en la España de las guerras napoleónicas. San Martín expone aquello que se llamó "carrera de la revolución": la posibilidad de ascenso social abierta por las nuevas coordenadas que la ruptura del orden colonial trajo consigo, tanto en la política, como en las armas, a través de la guerra, omnipresente durante toda la década de 1810⁹.

El segundo aspecto se refiere a las relaciones entre elites políticas y económicas. En el Río de la Plata, la Revolución no generó una conmoción social equiparable a las que hubo en los países andinos o México, pues la ruptura política se dio sobre un tejido social más homogéneo, donde la sociedad de castas y la población aborígen no tenían el espesor ni la visibilidad de aquellas latitudes. No obstante, esa estructura social más homogénea alentó una participación popular y una cultura política igualitaria, que dieron lugar a una horizontalidad en las relaciones sociales (visibles en las milicias y ejércitos revolucionarios), sin equivalentes en otras regiones de Hispanoamérica. Para las elites políticas, la legitimación de los sectores populares fue necesaria, pero también un condicionante para sus márgenes de acción. La necesidad de apelar a esos grupos sociales, y de considerar sus reivindicaciones, generó tensiones con los grupos propietarios, sobre todo en la primera mitad de la década de 1810, cuando la penuria fiscal conjugada con la necesidad de afrontar la guerra hizo de las contribuciones forzosas medidas recurrentes. Fue la identificación política con la Revolución la forma de escapar a los rigores del estado (vale recordar que la condición "española" –aquella sobre la que se aplicaron las medidas más rigurosas- no tuvo una connotación exclusivamente nacional, sino política).

A partir de 1820 hubo un cambio de escenario. La pretensión de Buenos Aires de mantener en el contexto posrevolucionario el status político alcanzado en el Virreinato enfrentó oposiciones regionales, que lograron derrotarla militarmente aquel año. Se produjo así una centrifugación del poder político que dio lugar a nuevas unidades políticas, las provincias, entre cuyas singularidades se contó la creciente importancia (económica, social y política) del sector rural. Los "caudillos", personajes emblemáticos de las flamantes elites políticas provinciales, condensaron estas mutaciones, en tanto reflejaron un poder político edificado en el mundo rural y respaldado en los sectores populares¹⁰. Los retratos tradicionales del caudillismo (un poder sostenido en el carisma y el coraje, un vínculo no racional entre líder y masas) han sido, sin embargo, revisados, por ejemplo al destacar el tejido institucional que subyació al fenómeno caudillista (resultado de la organización

9 *Ibidem*.

10 Noemí Goldman y Ricardo Salvatore, *Caudillos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Eudeba, 1998.

política de las provincias¹¹), y más aún, al subrayar sus orígenes sociales. Los caudillos, en general, no tuvieron extracción popular, sino de familias con cierta gravitación, aunque no necesariamente de los grupos más encumbrados. Facundo Quiroga en La Rioja o Juan Manuel de Rosas, el hombre de mayor poder político entre 1830 y 1850, hijos de funcionarios coloniales de segundo orden, son representativos de ello. Fueron también beneficiarios de la carrera política que abrieron la revolución, la guerra, y las transformaciones económicas y sociales que las acompañaron. En este último aspecto, y Rosas es ejemplar al respecto, los caudillos procedían de familias vinculadas económicamente al sector rural¹². El caudillismo, por lo tanto, implicó un reacomodamiento de las elites políticas y económicas, aunque tampoco deben sobreestimarse los contrastes. Si en la dimensión económica la distinción entre sectores urbanos y rurales no debe hacer olvidar que hubo desplazamientos de una misma familia de un sector a otro (como lo muestran los primos de Rosas, los Anchorena¹³), hubo coincidencias políticas entre los grupos propietarios y los "caudillos". Entre ellas, aquella que logró Rosas: la consolidación del orden social. Su originalidad consistió en advertir que ese objetivo sólo podía alcanzarse con el respaldo, y el disciplinamiento, de los sectores populares¹⁴. A ésta podrían sumarse otras, como la defensa de los intereses provinciales (entre ellos, el control del puerto de Buenos Aires), que había sido un punto de tensión con proyectos políticos anteriores, como el de Bernardino Rivadavia.

La relación de Rosas con los grupos propietarios, sin embargo, no fue estática. Sobre todo en su segundo período de gobierno (1835-1852), Rosas apuntó a consolidar un proyecto hegemónico en el que las lealtades políticas (y personales) se impusieron sobre eventuales solidaridades de clase, al punto de apelar a los sectores populares para disciplinar a los sectores de las elites que se le oponían (por razones económicas –por ejemplo las dificultades del comercio exterior causadas por los bloqueos franceses y británicos de la década de 1840- pero también estrictamente políticas)¹⁵.

Ahora bien, entre los legados del rosismo se contó el de edificar una trama de vinculaciones estrictamente políticas entre elites regionales (a menudo reforzadas o entabladas sobre vínculos personales o de parentesco). Sin haber avanzado en la organización institucional, el rosismo dio lugar a una constelación política que trascendió el particularismo que había reinado en el Río de la Plata luego de 1820¹⁶. El límite de este proceso fueron

11 José Carlos Chiaramonte, *Ciudades, Provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Ariel, Buenos Aires, 1997.

12 Jorge Gelman y Daniel Santilli, "Las elites económicas de Buenos Aires en la época de Rosas. Patrones de inversión, movilidad y fragmentación en tiempos de cambio", en *Prohistoria*, n° 8, 2004, pp. 11-38.

13 Roy Hora, "Del comercio a la tierra y más allá: los negocios de Juan José y Nicolás de Anchorena (1810-1856)", en *Desarrollo Económico*, n° 176, vol. 44, 2005, pp. 567-600.

14 Tulio Halperin Donghi, *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1985.

15 Jorge Gelman, *Rosas bajo fuego: los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

16 La otra esfera en la que se ha planteado que, durante este mismo período, es posible identificar el surgimiento de cierta noción de identificación nacional, es la cultura, concretamente con relación a la aparición de la que, a su vez, se entiende como la primera manifestación de una elite intelectual en la Argentina, la "generación del 37". Cfr. Jorge Myers, "La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas", en Noemí Goldman (directora de tomo), *Nueva Historia Argentina*, T. III: *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998, pp. 381-443.

las coordenadas políticas en el que se enmarcó: el faccionalismo, el personalismo, el autoritarismo, además de una organización político institucional errática y de un contexto económico poco floreciente, en el que la fractura del espacio virreinal no había sido reemplazada por un nuevo marco de integración territorial. Desde este punto de vista, si el período 1810-1852 tiene como originalidad la aparición de elites propiamente políticas, otra característica central fue la ausencia de solidaridades y de consensos perdurables (cuya mayor expresión fueron las guerras civiles), fruto de conflictos de intereses (como los surgidos con relación al control del comercio exterior), así como de proyectos de organización nacional diferentes (como el que, de manera convencional, se ha rotulado como federales y unitarios) pero también, entonces, de una disputa facciosa por el poder. Semejante escenario, además, enturbió las relaciones entre las elites políticas y las económicas. Más allá de coincidencias coyunturales, como las ocurridas durante la primera gobernación de Rosas (1829-1833), la política, más que soluciones, a menudo generó problemas para las elites económicas, por la captación de recursos humanos para la guerra que encarecían el precio del trabajo; por la inestabilidad e incertidumbre derivadas de un escenario con semejantes coordenadas; por las recurrentes penurias fiscales de los incipientes y rudimentarios estados provinciales.

Los años de la integración nacional (1852-1880)

Entre la revolución de Mayo y el rosismo, entonces, hubo varios obstáculos que limitaron la integración social de las elites. La sociabilidad se sumó a las dificultades deparadas por la política y la economía, pues en vez de contribuir a la edificación de solidaridades, replicó el faccionalismo político¹⁷.

Este panorama era lo suficientemente evidente hacia 1852 como para que los contemporáneos pudieran advertirlo. Ese año, poco después de la caída de Rosas, se creó en la ciudad de Buenos Aires el Club del Progreso. En sí expresión de una "explosión asociativa" que tuvo lugar por entonces¹⁸, el club alentó la vida de ocio, aunque pensada como medio y no como fin: es decir, como una pedagogía civilizatoria de refinamiento cultural que sirviera para lograr esa esquivada integración social y formara así una clase dirigente¹⁹.

Sin embargo, el club fue derrotado por lo que se proponía superar: a pocos meses de su fundación, los nuevos enfrentamientos de la política bonaerense (la adhesión o no a la Confederación Argentina de Justo José de Urquiza, el vencedor de Rosas), dividieron a sus miembros, llegando a la expulsión de su fundador, Diego de Alvear, por sus simpatías urquicistas. Desde entonces, el Club del Progreso quedó asociado a los

17 Jorge Myers, "Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860", en Fernando Devoto y Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina*, T. I, Taurus, Buenos Aires, 1999, pp. 111-145.

18 Roberto Di Stefano, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero y José Luis Moreno, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina. 1776-1990*, Gadis, Buenos Aires, 2002.

19 Pilar González Bernaldo de Quirós, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades de Buenos Aires 1829-1862*, FCE, Buenos Aires, 2003.

sectores porteños más intransigentes, mientras que otros ámbitos (como el Club del Plata), nuclearon a familias de simpatías federales. Aun incorporando algunas novedades, la sociabilidad nuevamente replicó las divisiones de la política²⁰.

Ahora bien, fallida en los objetivos de integración social, la sociabilidad contribuyó a cierta recomposición de las elites, sobre todo políticas. Los avances en la organización institucional y la ampliación a una escala nacional de la vida política ocurridas entre las décadas de 1850 y 1870, volvieron necesarios capitales culturales y propiamente políticos (como la experiencia en la gestión), así como la participación en ámbitos que conectaran personajes alejados espacialmente y no necesariamente vinculados por lazos familiares²¹.

La sociabilidad vino a jugar un papel clave a tal efecto, desde ámbitos como el Club del Progreso a otros más inclinados hacia la vida cultural e intelectual, sin olvidar la masonería. Todo ello permitió que personajes carentes de significativos vínculos sociales, no emparentados con familias económicamente poderosas, pudieran adquirir visibilidad política y social. Un caso ejemplar es Domingo Faustino Sarmiento: un sanjuanino autodidacta, proveniente de la periferia geográfica, social y política del Río de la Plata y de una familia de moderada gravitación en su provincia natal, quien, a pesar además de sufrir el exilio durante los años rosistas (aunque quizá también gracias a él, debido a las sociabilidades tejidas entre los exiliados argentinos en sus destinos –Chile en este caso–), logró convertirse en una figura central de la política sanjuanina primero, insertarse en los círculos políticos bonaerenses después y llegar a presidente de la Nación. En su itinerario social y político, además de rasgos de personalidad que sin dudas contribuyeron a semejante trayectoria, y un talento y un capital cultural notables para la época (más aun considerando que lo forjó al margen de instituciones educativas formales), la inserción en espacios de sociabilidad de la más diversa índole (el Instituto Histórico Geográfico, el Club del Progreso, la logia masónica Unión del Plata), así como la participación en otro canal clave para alcanzar visibilidad (la prensa), ocupó un lugar central²².

Un segundo proceso de renovación de las elites políticas nacionales se produjo como consecuencia de otro reacomodamiento de escenario: el ascenso de las elites políticas provinciales en detrimento de la bonaerense, cuyo punto de inflexión se dio en la segunda mitad de la década del setenta, con la elección presidencial de Nicolás Avellaneda en 1874, gracias a una coalición entre una facción bonaerense (el autonomismo) y un conjunto de grupos políticos de las provincias del interior, especialmente Tucumán, Salta y Córdoba. Esta coalición dio lugar al llamado Partido Autonomista Nacional (PAN), que, con la elección de Julio Argentino Roca en 1880, culminó la integración política nacional al derrotar la resistencia bonaerense a la federalización de su ciudad

20 Leandro Losada, "Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)", en *Desarrollo Económico*, nº 180, vol. 45, 2006, pp. 547-572.

21 Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, FCE, Buenos Aires, 2003.

22 Sobre este último punto, ver Paula Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, FCE, 2004.

capital. A pesar de su heterogeneidad y tensiones internas, esta constelación política controló la política nacional desde entonces y hasta 1916²³.

Hacia 1880, por lo tanto, la Argentina, que recién a partir de entonces, por lo demás, existió como tal, pasó a tener una elite política nacional, asentada en la ciudad de Buenos Aires, entre cuyas singularidades se contaba la de no estar integrada sólo o principalmente por bonaerenses sino por provincianos, a los que por entonces se tildó de advenedizos. A pesar de su carga valorativa, este juicio aludía a un rasgo cierto: el acceso al control del Estado nacional de un conjunto de personajes hasta entonces de participación secundaria en la política nacional, por haber estado delimitada a sus espacios provinciales, o más aún, por haberse desenvuelto al margen del mundo político en sentido estricto. El caso del presidente Roca es ejemplar, cuyos antecedentes se encontraban en el Ejército más que en la política (a pesar, desde ya, que el ejército fuera un actor político protagónico en los años 1860 y 1870). Con todo, viendo las cosas en perspectiva, los advenedizos del ochenta condensaban un fenómeno poco original: la renovación de las elites políticas (reclutadas todavía en un universo relativamente común: familias criollas, de raíces coloniales) a causa de la convulsionada historia política del Río de la Plata desde la revolución de Mayo de 1810. Para entonces el fenómeno sí adquirió mayor visibilidad, debido a la definitiva escala nacional alcanzada por la política²⁴.

En lo concerniente a las elites económicas es necesario marcar dos aspectos. Por un lado, la composición de la elite económica nacional tuvo una connotación regional mucho más pronunciada que la de la elite política nacional: estuvo integrada por los terratenientes de la pampa húmeda. Este actor económico se constituyó entre 1810 y 1880, a través de un sinuoso proceso en el que se conjugó la reorientación de activos del comercio exterior a la tierra, ciertas iniciativas estatales que alentaron esa reorientación (la expansión de la frontera, la puesta en disponibilidad a bajo costo de la tierra –a través de enfiteusis, donaciones, premios); y decisiones empresariales, innovadoras y arriesgadas en su momento, que también implicaron reorientaciones productivas: del ganado vacuno criollo a la ganadería ovina, y luego al ganado vacuno refinado con reproductores importados, cuyo desarrollo se consolidó a fines del siglo XIX gracias al diseño de una nueva unidad de producción, la estancia agropecuaria, en la que se combinó ganadería y agricultura cerealera²⁵.

En segundo lugar, cabe resaltar la heterogénea composición de la elite terrateniente. En

23 Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Sudamericana, Buenos Aires, 1994; Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.

24 Vale apuntar que la consolidación del estado nacional también incidió en recomposiciones de las elites provinciales. Ver Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez, *Un nuevo orden político. Provincias y estado nacional. 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos, 2010.

25 La discusión sobre el perfil de la elite estanciera tiene una larga trayectoria en la historiografía argentina. Ver Hilda Sabato, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires. La fiebre del lanar 1850-1890*, Sudamericana, Buenos Aires, 1989; Roy Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002; Carmen Sesto, *La vanguardia ganadera bonaerense, 1856-1900. Historia del capitalismo agrario pampeano*, Osvaldo Barsky (dir). T. 2, Siglo XXI/Universidad de Belgrano, Buenos Aires, 2005. Síntesis de las discusiones sobre este tema, en Eduardo Míguez, "La expansión agraria de la pampa húmeda (1850-1914). Tendencias recientes de su análisis histórico", en *Anuario IEHS*, n° 1, 1986, pp. 89-119; Hilda Sabato, "Estructura productiva e ineficiencia del agro pampeano, 1850-1950: un siglo de historia en debate" en Bonaudo y Pucciarelli (comp.), *La problemática agraria*. T. III, pp. 7-49.

sus filas se contaron familias que lograron adaptarse con éxito a la crisis del orden colonial y a los tempestuosos años del período independiente (Anchorena, Álzaga, etc), y otras fundadas por inmigrantes y extranjeros arribados al Río de la Plata después de 1810, y en ciertos casos, ya avanzado el siglo XIX, en las décadas de 1830 y 1840. Estas familias (Luro, Santamarina, Duggan, etc) condensaron un fenómeno singular: las oportunidades ofrecidas por una sociedad de frontera, de pausado y problemático desarrollo capitalista.

Junto a esta elite económica aparecieron otros actores. Por un lado, elites económicas provinciales que, gracias a su fortuna, a menudo pasaron también a formar parte de los propietarios de tierras en la pampa húmeda, o al menos, a frecuentar espacios de sociabilidad con ellos. El caso ejemplar aquí es la elite azucarera tucumana, que adquirió visibilidad en la década de 1870 (no casualmente de manera simultánea al momento en que políticos tucumanos comenzaron a gravitar en el estado nacional, debido a que las políticas públicas –facilidades crediticias, extensión de vías férreas, proteccionismo– fueron importantes en el florecimiento de este negocio)²⁶. El otro actor, aún incipiente hacia 1880, fueron los industriales, también básicamente asentados en Buenos Aires. A pesar de que en sus filas se contaron varios ejemplos de inmigrantes que lograron “hacer la América”, la elite industrial, al menos hasta la década de 1920 y a pesar de su dinamismo entre las de 1890 y 1910, no fue rival ni equivalente en cuanto a fortuna y a peso en la economía nacional de la elite terrateniente pampeana²⁷. Ésta, como se dijo más arriba, es la que propiamente cabe definir como la elite económica nacional de la Argentina de fines de siglo XIX.

La conformación y el apogeo de la elite social nacional (1880-1910)

Durante este período, se destacan dos procesos referidos a la estructura y composición de las elites. Uno, que se inició a fines de siglo y cuyas manifestaciones fueron más allá de 1910, advirtiéndose durante las décadas de 1920 y 1930, se refiere a una paulatina diferenciación y especificación de elites, en sintonía con la complejidad que adquirió la estructura social argentina: en breve, cada dimensión social fue delineando su propia elite (o en todo caso, elites), con fronteras definidas y forjadas a través de los espacios, prácticas y cualidades características de la dimensión social respectiva. Aun cuando, desde ya, el desdoblamiento de perfiles y funciones no desapareció, fue cada vez más notorio que ese desdoblamiento se debió cada vez más a poseer los atributos para obtener un reconocimiento en cada una de esas dimensiones, y menos a la posibilidad de traducir automáticamente en una dimensión el lugar alcanzado en otra. Esto no sólo fue el resultado de una paulatina diferenciación de esferas sociales, sino también de los cambios internos que experimentó cada una: la profundización del desarrollo capitalista, la democratización de la política (acelerada por la sanción de la Ley Sáenz Peña en 1912), el

26 José Antonio Sánchez Román, *La dulce crisis. Finanzas, estado e industria azucarera en Tucumán, Argentina (1853-1914)*, CSIC-EEHA, Sevilla, 2005.

27 Roy Hora, “Los grandes industriales de Buenos Aires: sus patrones de consumo e inversión, y su lugar en el seno de las elites económicas argentinas, 1870-1914” en *Anuario IEHS*, nº 24, 2009, pp. 307-338.

espesor creciente de la vida cultural al compás de la extensión del acceso a la educación de amplios sectores de la población y de un aumento de las posibilidades de consumo cultural, hicieron, por sí mismos, que el desdoblamiento fuera cada vez menos sencillo y que los requisitos para edificar y retener un lugar de relevancia en la política, la economía o la cultura se derivara de dinámicas, prácticas y espacios cada vez más específicos²⁸.

A su vez, esta diferenciación de la estructura de las elites estuvo acompañada de una renovación de sus elencos. Esto fue el resultado de algunos procesos característicos de la Argentina de la época, como la movilidad social y la inmigración masiva: vale recordar que la Argentina fue el país de inmigración en el cambio de siglo en el que los extranjeros alcanzaron mayor peso en la sociedad receptora (un 30% en 1914)²⁹. También incidió lo señalado en el párrafo anterior: la progresiva delineación de espacios específicos y autónomos en la vida política, cultural o económica, pues hicieron posible que accedieran a ellos individuos sin grandes contactos o capitales sociales en sus puntos de partida. Los cenáculos universitarios o intelectuales, los partidos políticos, las corporaciones económicas, permitieron que personajes recién llegados entablaran contactos con otros de trayectorias y gravitaciones más consolidadas.

Desde ya, estas posibilidades no fueron equivalentes en todas las dimensiones de la sociedad. El cierre progresivo de la economía de frontera hizo cada vez más improbable replicar vertiginosos procesos de ascenso social como los que habían conseguido los extranjeros que labraron notables patrimonios rurales en el segundo tercio del siglo XIX. Acumular una fortuna considerable no fue imposible aunque sí lo fue conseguirlo en equivalencia a los grandes terratenientes (los industriales más exitosos, todos ellos inmigrantes, son ejemplares al respecto). Otras esferas fueron más permeables que la económica aunque también los éxitos posibles, más moderados en términos de reconocimiento social o sobre todo, de recompensa patrimonial (como ocurrió en el mundo de la cultura). Por ello mismo, la creciente diferenciación de elites, conjugada con sus dinámicas particulares, hizo que ocupar una posición de gravitación en la cultura o incluso en la política no supusiera necesariamente formar parte de los sectores dominantes (en el sentido de aquellos que incidían activamente en los rumbos del país).

Volviendo sobre lo anterior, si se repasan los nombres de figuras políticas, culturales o económicas de primera línea de la Argentina de estos años se advierte que los elencos criollos ya no predominaron con exclusividad o al menos en soledad. Algunos de esos hombres nuevos no lo eran tanto en verdad, como el caso de Carlos Pellegrini, presidente de la Nación entre 1890 y 192 (hijo de un ingeniero saboyano llegado a Buenos Aires en la década de 1820), pero otros sí calzaron mucho más adecuadamente en esos modelos. Sin reiterar el ejemplo de los industriales, el nombre de Paul Groussac, figura central del mundo cultural argentino durante todo este período, es elocuente³⁰.

28 Leandro Losada, "¿Oligarquía o elites? Estructura y composición de las clases altas de la ciudad de Buenos Aires entre 1880 y 1930", *Hispanic American Historical Review*, vol. 87, n° 1, pp. 43-75. Un análisis global de los cambios del período en Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962.

29 Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

30 Paula Bruno, *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, FCE, Buenos Aires, 2005.

La diferenciación entre elites y la renovación en sus elencos no fueron, como se vio más arriba, fenómenos estrictamente originales. Las singularidades de lo ocurrido a fines del siglo XIX radicaron en los procesos que cimentaron los cambios (sobre todo, la inmigración masiva³¹) y en la escala que adquirieron, también en un sentido preciso: la magnitud cuantitativa más que cualitativa, pues el vertiginoso ascenso social fue más dificultoso por el mismo cambio estructural de la sociedad.

El segundo proceso fue más novedoso: la formación de una elite social nacional. Paralelamente a la diversificación y recomposición de las elites, se recortó un grupo social, cuyos integrantes tenían fortuna, poder político o ascendencia cultural, y que por ello ocupaban posiciones de elite, con fronteras definidas y una identidad de pertenencia nítida. Este grupo social tuvo una composición social característica: lo integraron familias cuyos orígenes, y más aún, su posición en lugares de relevancia, eran anteriores a las transformaciones estructurales aceleradas en la década de 1880. Las familias de raíces más antiguas, frente a una sociedad efervescente, alcanzaron el objetivo que había sido esquivo durante buena parte del ochocientos: la integración y la convivencia social.

Este objetivo fue posible por el cambio de circunstancias: la transformación social recién dicha hizo más perentorio, para las familias que podían decirse tradicionales, marcar la precedencia social y reforzar el alto status; la culminación de la integración política nacional dejó atrás los motivos de enfrentamiento que habían surcado al siglo XIX (los conflictos no desaparecieron y ni siquiera la violencia, pero indudablemente cambió de espesor en el marco de una estabilidad política inédita hasta entonces); el final de la economía de frontera junto a un notable crecimiento económico (que llevó a la Argentina a estar entre las primeras diez economías del mundo hacia 1910), reforzaron la posición de los grupos propietarios, a punto tal que la ya referida movilidad social de este período coexistió con una distribución de la riqueza (en sí mucho mayor, además) más desigual que nunca antes³².

Con todo, la constitución de las familias tradicionales en un grupo social con fronteras e identidades sociales compartidas no fue sólo fruto de las circunstancias sino, también, de sus propias prácticas. Por un lado, la sociabilidad, que atravesó varios cambios. En primer lugar, y por incidencia de las mutaciones de contexto, se enfocó en el ocio como un fin en sí, y se alejó de la política. El mejor exponente de ello fue el Jockey Club, creado en 1882, bien distinto en sus móviles del Club del Progreso de 1852: si éste pretendía constituir una clase dirigente, aquel alentó una práctica de ocio refinado que sirvió como símbolo de status, la cría de caballos de carrera. En segundo lugar, cambiaron usos y costumbres, debido a la importación de los protocolos y la etiqueta europea. Esta vida social más pautada ayudó a la delimitación de fronteras. Todo ello cimentó el escenario para el otro gran aspecto que motivó la constitución de la elite como grupo social: un mercado matrimonial restringido. A través de él se vincularon por el parentesco las tres grandes ramas

31 Sobre la inmigración, Devoto, 2003.

32 Ver al respecto Jorge Gelman y Daniel Santilli, "Distribución de la riqueza y crecimiento económico. Buenos Aires en la época de Rosas" en *Desarrollo Económico*, n° 169, vol. 43, 2003, pp. 75-101; Roy Hora, "La evolución de la desigualdad en la Argentina del siglo XIX: una agenda en construcción", en *Desarrollo Económico*, n° 187, vol. 47, 2007, pp. 487-501.

familiares que compusieron la elite social argentina del novecientos: familias porteñas de orígenes coloniales; familias fundadas por inmigrantes tempranos (es decir, de inserción anterior a 1880); y familias del Interior asentadas en Buenos Aires, cuya promoción social, como se vio, se derivó fundamentalmente de la política³³.

Las fisuras y los recelos mutuos no desaparecieron. Si se relevan las pautas matrimoniales de los años 1880-1910 se podrá advertir que los casamientos entre familias porteñas y provincianas no fueron usuales, y que, en el mundo social, las polémicas derivadas de enfrentamientos del pasado (como el del rosismo/ antirrosismo) no se esfumaron. Pero también es claro que esas disputas no bloquearon la constitución de una identidad colectiva fundada en orígenes que, a pesar de sus heterogeneidades, tenían como denominador común el de ser anteriores a las décadas en las que se había desencadenado el cambio estructural del país, desde los cuales se podían asumir como familias tradicionales. Por eso, el cierre no fue tanto el resultado de una elite que se percibió amenazada, sino por el contrario, segura de su posición y de sus atributos. Sobre estas coordenadas se consolidó como el grupo social de más alto status en la Argentina de 1910, de aspiraciones aristocráticas y de pretensiones patricias, con un roce social y una sofisticación cultural mucho mayor que en cualquier momento del pasado. A partir de entonces, y a raíz de las transformaciones ocurridas en la Argentina de entreguerras (en breve, la paulatina aunque visible emergencia de una sociedad de masas) este grupo social comenzó a experimentar un pausado e inexorable proceso de declinación, que culminaría a inicios de la década de 1940³⁴.

Más allá de este ocaso pausado y sinuoso (que no debe encubrir, sin embargo, que el apogeo resultó bastante efímero), vale retener la imagen anterior: en treinta años, familias de gravitación política, relevancia cultural o riqueza lograron, al mismo tiempo, una integración interna esquivada hasta el momento, y detentaron su mayor apogeo al frente de la sociedad argentina. La Argentina de 1910 tuvo una elite de constitución muy reciente (de alguna manera, fue un espejo de ese país también reciente) posibilitada tanto por las circunstancias locales e internacionales, que alentaron la integración y ofrecieron recursos para edificar distinción, como por las propias prácticas de los actores involucrados. La velocidad del proceso es notable considerando que conjugó la formación, en sí, de un grupo social y, casi paralelamente, un profundo cambio cultural en sus conductas, convenciones e identidades, cuya eficacia se advierte en que la sociedad argentina del Centenario reconoció en esa elite al núcleo medular de sus sectores dominantes, y en que el sentido común y las miradas convencionales de la historia del país la retrata (para elaborar un diagnóstico crítico, la mayoría de las veces) con los atributos con los que pretendió ser asociada: poderosa y rica, afrancesada, casi extranjerizante, a un mismo tiempo oligárquica y aristocrática.

33 Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidad, estilos de vida e identidades, Siglo XXI Iberoamericana*, Buenos Aires, 2008.

34 Leandro Losada, "Marriage Market, Social Status and Cultural Patterns: The Case of Traditional Argentine Families between 1900 and 1940", en *Journal of Family History* vol. 37, n° 4, pp. 364-380.

Visión en perspectiva

Una somera ponderación de la constitución y estructura de las elites argentinas con otros casos latinoamericanos sirve para precisar sus singularidades. La existencia de elites regionales de gravitación nacional, por sus bases de poder económico o político así como por sus perfiles identitarios, que hubo en México aún durante la experiencia porfirista, fue un fenómeno menos notorio en la Argentina³⁵. Aquí, la integración política nacional ratificó la ascendencia de Buenos Aires como epicentro de la vida de las elites. Es cierto que la integración política se hizo sobre la derrota de los sectores bonaerenses, pero al mismo tiempo convirtió a la ciudad de Buenos Aires en la capital federal de la República. En paralelo, la orientación agro exportadora de la economía, si convivió e hizo posible florecientes economías regionales, provocó que la riqueza se acumulara fundamentalmente en la pampa húmeda. De este modo, los políticos que conducían el Estado Nacional (fueran o no oriundos de Buenos Aires), los ricos de la Argentina y asimismo buena parte de los principales animadores de la vida cultural, tuvieron en la ciudad de Buenos Aires su escenario privilegiado. No hubo espacio alternativo para la consagración de una trayectoria que pretendiera tener alcance nacional después de 1880.

Sin embargo, tampoco podría subsumirse la historia de las elites en la Argentina a la historia de las elites bonaerenses o porteñas. Éstas fueron una parte medular de la elite social nacional que se constituyó entre 1880 y 1910, pero no fueron sus integrantes exclusivos. Como se ha visto, las familias políticas del Interior constituyeron otra de sus ramas. También lo fueron familias más nuevas, fundadas por inmigrantes y extranjeros llegados después de 1810. Si bien estas fueron también, en general, porteñas o bonaerenses, representaron una renovación de los sectores encumbrados bonaerenses posrevolucionarios, un nuevo elenco que paulatinamente se vinculó a las familias de raíz colonial. El panorama al respecto es diferente al que se dio en Chile, donde la continuidad entre la elite santiaguina y la elite nacional fue mucho más notoria³⁶.

Asimismo, hay algunos contrapuntos con el Brasil de la vieja república. Allí, la consolidación política de la elite paulista (a partir, sobre todo, de la presidencia de Campos Salles) tuvo algunos parangones con la del roquismo en la Argentina de 1880: una elite de distinta procedencia a su lugar de residencia se hizo con el control político del país. Sin embargo, el poder político fue la ratificación de la ascendencia económica de la economía cafetera paulista³⁷. En Buenos Aires, en cambio, la coalición política que constituyó el PAN no era una expresión de la región económicamente dominante del país. Por el contrario, la elite económica nacional, los grandes terratenientes pampeanos, tuvieron dificultades persistentes para po-

35 Hugo G. Nutini, *The Mexican Aristocracy. An Expressive Ethnography (1910-2000)*, Austin, University of Texas Press, 2004.

36 Manuel Vicuña, *Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2001.

37 Cfr. James P. Woodard, *A Place in Politics: São Paulo, Brazil, from Seigneurial Republicanism to Regionalist Revolt*, Durham: Duke University Press, 2009; Jeffrey Needell, *A Tropical Belle Epoque: Elite Culture and Society in Turn-of-the-Century Rio de Janeiro*, Cambridge University Press, 1987.

der alcanzar el poder político a través de sus propias iniciativas. Sus vínculos con el poder se derivaron de su importancia económica, no de sus éxitos políticos³⁸.

Por otro lado, si se miran en el largo plazo los ritmos y las causas de la recomposición de las elites pueden resaltarse un par de aspectos. En primer lugar, el incierto e inestable escenario posrevolucionario, con las reorientaciones productivas y la desarticulación de los circuitos comerciales existentes hasta entonces, sin olvidar la orientación atlántica de la economía, complicó la perduración de fortunas y patrimonios. La temprana aparición de un poder estatal, rudimentario pero aun así capacitado para dotar de márgenes de acción a su personal, también sumó elementos de presión sobre los sectores propietarios³⁹. Semejante incertidumbre se combinó, sobre todo en la región del litoral, con las oportunidades deparadas por un desarrollo capitalista en el marco de una economía de frontera (que, desde ya, escondía también sus riesgos⁴⁰). Junto a ello, la política en sí misma fue otro factor central en la recomposición de las elites, por su inestabilidad y conflictividad, y en la segunda mitad del siglo, por la ampliación de la escala y de la complejidad de la vida política derivada de la organización institucional del país. En suma, la economía y la política se conjugaron para delinear un contexto de importante movilidad social, clave en la frecuente renovación de las elites que hubo entre la Revolución y 1880.

En segundo lugar, el proceso por el cual se constituyó una elite social propiamente nacional tuvo sus singularidades. El mismo se dio simultáneamente a un estructural cambio de la sociedad argentina a fines del siglo XIX, motivado por la consolidación del desarrollo capitalista y el crecimiento económico, la inmigración masiva y las políticas públicas que ampliaron el acceso a la educación, entre otros factores. Como resultado de ese cambio, la estructura de las elites en el país aumentó en densidad y en diferenciación. Más que una elite multiimplantada en diversas dimensiones sociales, la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX tiene un retrato más fidedigno si se la piensa conducida por elites diferenciadas, con importantes puntos de contacto y coincidencias, pero no por ello con ausencia de conflictos y tensiones. En ese marco de diferenciación de elites, al que se sumó la recomposición que, más en la política y la cultura que en la economía, motivó la inmigración y la movilidad social, se conformó un grupo social que se convirtió propiamente en una elite social, que concentró prestigio y fue sinónimo del alto status. Uno de los aspectos centrales que posibilitaron esa integración fueron las prácticas matrimoniales, que, en sintonía con lo ocurrido por entonces en buena parte de las elites consolidadas de Occidente (europeas, norteamericanas, latinoamericanas) tendieron a ser endogámicas.

38 Roy Hora, *Los estancieros contra el estado. La liga agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

39 Tulio Halperin Donghi, "Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires (1820-1930)", en *Cuadernos de Historia Regional*, Universidad Nacional de Luján, nº 15, 1992, pp. 11-46.

40 Gelman y Santilli, "Las elites económicas", pp. 11-38.

La conjugación de una riqueza muy importante (los sectores propietarios argentinos de la *belle époque* anterior a la Guerra tuvieron fortunas de parámetros europeos⁴¹), acumulada vertiginosamente en un contexto social efervescente, explica otra de las singularidades que se advierten en el caso argentino: la velocidad con la que se desplegó la pretensión de refinamiento y sofisticación cultural (por la cual los diagnósticos contemporáneos oscilaron entre advertir los logros de la educación mundana y las sobreactuaciones típicas de nuevos ricos)⁴². La transformación cultural –la europeización del estilo de vida– que acompañó a la formación de la elite social también fue más acentuada que en otros casos nacionales. La tradición y el pasado no fueron capitales demasiado honrosos de la elite argentina (debido a sus humildes orígenes sociales así como a un período colonial que osciló entre la marginalidad y un efímero, y aun así, poco espectacular florecimiento), al mismo tiempo que los repertorios culturales autóctonos fueron poco valorados hasta el cambio de siglo: su recuperación fue más tardía, cuando el cosmopolitismo adjudicado a una sociedad inmigratoria acentuó la importancia de ser no sólo ya una aristocracia sino también un patriciado. Si un contexto social más uniforme que en otras regiones de América Latina (es decir, sin divisiones étnicas significativas), así como más móvil, hizo perentoria la distinción, la ausencia de un repertorio cultural valorado por la elite motivó que esa distinción se plasmara a través de una adopción decidida, cuando no enfática, de los usos y costumbres de los sectores encumbrados del viejo mundo.

En este sentido, si fue vertiginosa la constitución, también lo fue el apogeo. Los efectos de la transformación estructural que había enmarcado la aparición de la elite social integrada por las familias tradicionales culminaron descentrando poco a poco su lugar en la sociedad argentina. Fue en la política donde primero se advirtieron esas mutaciones (con la desaparición de la lógica elitista que implicó la reforma electoral de 1912); luego la economía (con las complicaciones crecientes de la orientación agro exportadora durante las décadas de 1920 y 1930); y finalmente la simbólica y la cultural. Aquí, como en casi todo Occidente, al declive contribuyó de manera decisiva el ocaso del eurocéntrico y aristocrático mundo del siglo XIX, y su sustitución por una influencia norteamericana vinculada a cierta liberación de conductas que ocurrió entre el final de la Gran Guerra y los años veinte. Pero también un proceso especialmente singular de la Argentina: la constitución de vastos sectores medios (uno de los efectos más notorios de las transformaciones estructurales de fin de siglo).

La consolidación de los sectores medios enmarcó el ocaso de la elite social tradicional, por un lado, porque ese fue el destino de buena parte de las familias que no pudieron sortear con éxito los cambios acaecidos en los años de entreguerras⁴³. Pero por otro, y quizá más aun, porque esos sectores medios modelaron, también de manera progresiva, su identidad social a partir de los valores desprendidos de la experiencia inmigratoria (aquella de la que provenía su gran mayoría): la respetabilidad de la moderación y del esfuerzo⁴⁴. La

41 Hora, "La evolución de la desigualdad", pp. 487-501.

42 Losada, *La alta sociedad*, pp. 275-311.

43 Losada, "Marriage Market", pp. 364-380.

44 Roy Hora y Leandro Losada, "Clases altas y medias en la Argentina, 1880-1930. Notas para una agenda de investigación", en *Desarrollo Económico*, vol. 50, n° 200, enero-marzo, pp. 611-630. ISSN 0046-001 X, pp. 611-630

sociedad inmigratoria que para la gran mayoría de la elite social había sido la condición de posibilidad del progreso y de la civilización del país, entonces, fue la que la condenó a su declinación, pues uno de sus productos ejemplares fueron nutridos sectores sociales que se referenciaron contra lo que esa elite representaba (la vida ociosa revestida de sofisticación cultural), despojándola así no sólo de su gravitación política o de su ascendencia económica, sino también de una referencialidad cultural que había sido clave para su apogeo social en la Argentina de 1910.

En síntesis, al mirar en perspectiva la historia de la formación de una elite social en la Argentina emergen con contundencia dos grandes aspectos. Por un lado, y quizá extremando el argumento, pero vale a fines expositivos, la singularidad del proceso radica menos en sus componentes que en sus ritmos. Cada uno de los aspectos que enmarcan la historia de la elite (integración política nacional, desarrollo capitalista, diversificación de la estructura social, la misma declinación de las elites tradicionales luego de la Primera Guerra Mundial, etc.) ocurrieron en otras latitudes de Occidente. Por supuesto (es obvio decirlo), todos ellos tuvieron especificidades propias en la Argentina, pero también en cualquier otro país: en ello radica la singularidad de las historias nacionales. Más arriba, justamente, se pretendió identificar algunas de esas especificidades para nuestro caso. Entre ellas, entonces, quizá la nota más singular al situarlo en el contexto latinoamericano es que procesos transversales del cambio del siglo XIX al XX, amén de sus intrínsecos "colores locales", se yuxtapusieron o se conjugaron en el tiempo, mientras que en otras latitudes se dieron de manera más espaciada, acelerando, por ello, sus repercusiones. La integración política y el crecimiento económico, condiciones de posibilidad de la constitución de la elite, y luego de su refinamiento y riqueza, fueron prácticamente simultáneos a una transformación social que exigió ratificar distinciones y que finalmente desdibujó el lugar de la elite. Por ello, su constitución, su esplendor, y aún su ocaso fueron vertiginosos, más veloces o efímeros que en otras latitudes latinoamericanas (e incluso, europeas o norteamericanas)⁴⁵.

En segundo lugar, pero derivado de lo anterior: mirando las cosas en perspectiva, esas tres fases (conformación, apogeo y declinación) tienen su cifra, a grandes rasgos, en los treinta años que fueron de 1880 a 1910. En este punto, vale resaltar cuál fue el causante en última instancia de la declinación de la elite que emerge de esta consideración: no habría sido otra elite, nueva o alternativa, o la confrontación con los sectores sociales que estaban por debajo de ella. Es decir, ni el reemplazo ni el conflicto social. Fue más bien la transformación estructural de la sociedad (cuyos exponentes más cabales, y sí, más originales en el contexto latinoamericano fueron los sectores medios) la que la desplazó, aspecto por demás sugestivo si se considera que la misma elite había sido la artífice de

45 Los Estados Unidos son equiparables a la Argentina en cuanto "sociedad nueva", que también atravesó procesos semejantes de manera intensa e incluso simultánea. Sin embargo, hay varios contrastes. Entre otros: por un lado, un regionalismo mayor que en la Argentina (que subsistió aun luego de la guerra de secesión y la hegemonía económica de la costa este, New York sobre todo); un menor impacto relativo –no absoluto– de algunas de las transformaciones sociales (como la inmigración) en la estructura social; y atributos que las elites norteamericanas tuvieron en mucha mayor medida que la argentina, ejemplarmente la riqueza. Cfr. Eric Homberger, *Mrs. Astor's New York. Money and Social Power in a Gilded Age*, New Haven, Yale University Press, 2002; Frederic Cople Jaher (ed), *The Rich, the Well Born and the Powerful. Elites and Upper Classes in History*, University of Illinois Press, 1973.

esa transformación que culminó apartándola de la conducción de la sociedad argentina (como algunos observadores contemporáneos, por lo demás, habían advertido)⁴⁶.

Bibliografía

ALONSO, P. (2010), *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Edhasa.

ALONSO, P. (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, FCE, 2004.

BRAGONI, B. y MÍGUEZ, E. (2010), *Un nuevo orden político. Provincias y estado nacional. 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos.

BRUNO, P. (2005), *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

BOTANA, N. (1994), *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana.

CHIARAMONTE, J. (1997), *Ciudades, Provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel.

DEVOTO, F. (2003), *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

DI STEFANO, R.; SABATO, H.; ROMERO, L. A., y MORENO, J. L. (org.) (2002), *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina. 1776-1990*, Buenos Aires, Gadis.

FRADKIN, R. (1993), "¿Estancieros, hacendados o terratenientes? La formación de la clase terrateniente porteña y el uso de las categorías históricas y analíticas (Buenos Aires, 1750-1850)", en Bonaudo, M. y Pucciarelli, A., *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones, T. 1*, Buenos Aires, CEAL.

GELMAN, J., (1996), *De mercachifle a gran comerciante: los caminos del ascenso en el Río de La Plata colonial*, Colección Encuentros Iberoamericanos, La Rabida, Universidad Internacional de Andalucía.

GELMAN, J. (2009), *Rosas bajo fuego: los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*, Buenos Aires, Sudamericana.

46 Por ejemplo, Julio Monzó, "Las clases dirigentes (Ensayo de un capítulo de sociología argentina)", *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, T. VI, 1913, pp. 384-397.

GELMAN, J. y SANTILLI, D. (2003), "Distribución de la riqueza y crecimiento económico. Buenos Aires en la época de Rosas" en *Desarrollo Económico*, n. 169, vol. 43, pp. 75-101.

GELMAN, J. y SANTILLI, D., (2004), "Las elites económicas de Buenos Aires en la época de Rosas. Patrones de inversión, movilidad y fragmentación en tiempos de cambio", en *Prohistoria*, n. 8, pp. 11-38.

GERMANI, G. (1962), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.

GOLDMAN, N. (dir. de tomo) (1998), *Nueva Historia Argentina*, T. III: *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires Sudamericana, pp. 381-443.

GOLDMAN, N. y SALVATORE, R. (1998), *Caudillos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba.

GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, P. (2003), *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades de Buenos Aires 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

HALPERIN DONGHI, T. (1972), *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI.

HALPERIN DONGHI, T. (1985), *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós.

HALPERIN DONGHI, T. (1992), "Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires (1820-1930)", en *Cuadernos de Historia Regional*, Universidad Nacional de Luján, n. 15, pp. 11-46.

HOMBERGER, E. (2002), *Mrs. Astor's New York. Money and Social Power in a Gilded Age*, New Haven, Yale University Press.

FREDERIC COPLE JAHER (ed. (1973), *The Rich, the Well Born and the Powerful. Elites and Upper Classes in History*, University of Illinois Press.

HORA, R., (2002), *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI.

HORA, R. (2005), "Del comercio a la tierra y más allá: los negocios de Juan José y Nicolás de Anchorena (1810-1856)", en *Desarrollo Económico*, n. 176, vol. 44, pp. 567-600.

HORA, R. (2007), "La evolución de la desigualdad en la Argentina del siglo XIX: una agenda en construcción", en *Desarrollo Económico*, n. 187, vol. 47, pp. 487-501.

HORA, R. (2009), "Los grandes industriales de Buenos Aires: sus patrones de consumo e inversión, y su lugar en el seno de las elites económicas argentinas, 1870-1914" en *Anuario IEHS*, n. 24, pp. 307-338.

HORA, R. (2009), *Los estancieros contra el estado. La liga agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

HORA, R. y LOSADA, L. (2010), "Clases altas y medias en la Argentina, 1880-1930. Notas para una agenda de investigación", en *Desarrollo Económico*, vol. 50, n. 200, pp. 611-630.

LOSADA, L. (2006), "Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)", en *Desarrollo Económico*, n. 180, vol. 45, pp. 547-572.

LOSADA, L. (2007), "¿Oligarquía o elites? Estructura y composición de las clases altas de la ciudad de Buenos Aires entre 1880 y 1930", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 87, n. 1, pp. 43-75.

LOSADA, L. (2008), *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidad, estilos de vida e identidades*, Buenos Aires, Siglo XXI Iberoamericana.

LOSADA, L. (2012), "Marriage Market, Social Status and Cultural Patterns: The Case of Traditional Argentine Families between 1900 and 1940", en *Journal of Family History*, vol. 37, n. 4, pp. 364-380.

MAYO, C. (1995), *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820*, Buenos Aires, Biblos.

MATA DE LÓPEZ, S. (comp.) (1999), *Persistencias y cambios: Salta y el Noroeste argentino. 1770-1840*, Rosario, Prohistoria.

MÍGUEZ, E. (1986), "La expansión agraria de la pampa húmeda (1850-1914). Tendencias recientes de su análisis histórico", en *Anuario IEHS*, n. 1, pp. 89-119.

MONZÓ, J. (1913), "Las clases dirigentes (Ensayo de un capítulo de sociología argentina)", *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, t. VI, pp. 384-397.

MOUTOUKIAS, Z. (1988), *Contrabando y control colonial en el siglo XVII*, Buenos Aires CEAL.

MYERS, J. (1999), "Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860", en Devoto, F. y Madero, M., *Historia de la vida privada en la Argentina*, T. I, Buenos Aires, Taurus.

MYERS, J. (2005), "La revolución de las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y la política argentinas", en Goldman, N. (dir. de Tomo), *Nueva historia argentina. Tomo 3. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana.

NEDELL, J. (1987), *A Tropical Belle Epoque: Elite Culture and Society in Turn-of-the-Century Rio de Janeiro*, Cambridge University Press.

NUTINI, H. (2004), *The Mexican Aristocracy. An Expressive Ethnography (1910-2000)*, Austin,

University of Texas Press.

PUNTA, A. (1997), *Córdoba borbónica. Persistencias coloniales en tiempo de reformas (1750-1800)*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

SABATO, H. (1989), *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires. La fiebre del lanar 1850-1890*, Buenos Aires, Sudamericana.

SABATO, H. y LETTIERI, A. (comps.) (2003), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

SABATO, H. (1993), "Estructura productiva e ineficiencia del agro pampeano, 1850-1950: un siglo de historia en debate" en Bonaudo, M. y Pucciarelli, A. (comp.), *La problemática agraria. La problemática agraria. Nuevas aproximaciones, T. III.*, Buenos Aires, CEAL.

SÁNCHEZ ROMÁN, J. (2005), *La dulce crisis. Finanzas, estado e industria azucarera en Tucumán, Argentina (1853-1914)*, Sevilla, CSIC- EEHA.

SESTO, C. (2005), *La vanguardia ganadera bonarense, 1856-1900. Historia del capitalismo agrario pampeano*, en Barsky, O. (dir). *T. 2*, Buenos Aires, Siglo XXI/ Universidad de Belgrano.

SOCOLOW, S. (1987), *The Bureaucrats of Buenos Aires. 1769-1810: Amor al Real Servicio*, Durham & London, Duke University Press.

SOCOLOW, S. (1991), *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: Familia y comercio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

VICUÑA, M. (2001), *Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*, Santiago de Chile, Sudamericana.

WOODARD, J. P. (2009), *A Place in Politics: São Paulo, Brazil, from Seigniorial Republicanism to Regionalist Revolt*, Durham, Duke University Press.